

Después de siglo y medio

Miércoles, 14 de junio de 1939

Los nobles designios que inspiraron la conmemoración, tan justificada, del ciento cincuenta aniversario de la gran Revolución francesa, se enfrenta a unas dificultades innegables del ambiente. De un lado, hubo todas las precauciones del momento actual, con tantas incógnitas; y además, encontramos un poco en todas partes el desánimo que es la consecuencia de los ruidosos éxitos totalitarios que a menudo han logrado enterrar regímenes democráticos. Y, bajo tales influencias, incluso sinceros sentimientos consagrados a la herencia revolucionaria, resisten y temen un eclipse, aunque pasajero.

A pesar de todos esos datos y a pesar también de las tristezas y las amarguras que envuelven y oscurecen mi propia perspectiva, deseo rendirle al gran acontecimiento mi homenaje más tranquilizador, lleno de un optimismo no ciego y que no disimula la gravedad del momento, pero pone su confianza en el porvenir.

Sea lo que sea y digan lo que digan, esa civilización occidental, donde todos, a su vez, se proclaman sus diversos defensores, no es más que la consecuencia de la Edad Media, templada y matizada por sus tres grandes influencias: la influencia moral del espíritu cristiano, la influencia cultural del Renacimiento clásico, y la influencia política y social de la Revolución de 1789.

Los principios fundamentales del gran acontecimiento quedan en pie, después de haber sufrido victoriosos la prueba del tiempo, bastante prolongado, y sobre todo bastante dramático y dinámico, para mostrar la fuerza de las ideas aún prestigiosas.

Lo que ha habido en el fondo de los enterramientos de los regímenes democráticos y de la pena de las mentes decepcionadas, es la constatación, una vez más, de esa verdad tan evidente como olvidada: que las crisis y las muertes de los regímenes se producen siempre en provecho de sus adversarios, pero por culpa de aquéllos que se halagan de ser sus partidarios más entusiastas.

Lo que fracasó no han sido los verdaderos principios de la gran Revolución, sino las deformaciones y la omisión de esas ideas mismas.

Entre los errores, el más grosero ha sido siempre el creer que la esencia del espíritu revolucionario, o al menos el secreto de su eficacia triunfal, estaba en los excesos de la violencia. No se supo o no se quiso ver que esas violencias sólo eran en la marcha victoriosa de las revoluciones —no podía ser otra cosa— sangre y barro, que lejos de despejar el camino le ponían obstáculos. No se comprendió que accidentes así no eran en absoluto el espíritu revolucionario.

Hubo otras gentes, en apariencia más cultivadas, que creyeron que la revolución es un método permanente aplicable sin cesar. Se trata de mentes vanidosas más que perdidas, que se creen superiores, diciendo —para intimidar a gente más consciente, a la que desprecian como tímidos— «yo sigo siendo revolucionario en mi conducta política». Esa gente no comprendía que las ideas de la Revolución son duraderas, pero que los métodos revolucionarios son las necesidad extrema de una oportunidad histórica, y no el procedimiento habitual para gobernar un país. La Revolución asaltó unos regímenes envejecidos y envilecidos, volcó un orden, pero para sustituirlo por otro mejor y para defender a éste como tal: es decir: como orden y como mejor.

Según otros, el espíritu revolucionario debería significar, si no la carencia del poder, al menos el debilitamiento del gobierno, dividido irregularmente entre ministros responsables y multitudes irresponsables. Aquéllos no quisieron comprender que si el país es dueño de su destino, el gobierno debe ser el dueño de la calle, que si toleramos su presión, es siempre la antecámara de las dictaduras. Se olvidaba también la lección revolucionaria porque si frente a un régimen viejo y enemigo, la constitución de 1791 era un compromiso que podía trabar la autoridad del gobierno, una vez conquistado éste por la nación, la idea de soberanía nacional hubiera quedado vacía de sentido si no hubiera representado el refuerzo más enérgico de los poderes, sostenidos y asegurados por la conciencia tranquila de su plena legitimidad.

Y hubo otros también que creyeron que la fórmula de la Revolución era puramente negativa. No sabían comprender que en el momento de las revoluciones necesarias hay una primacía biológica de las funciones eliminatorias; pero que una vez apartados y destruidos los obstáculos, hay que construir incesantemente, valientemente. Para una obra así, la Revolución aportó unos principios, unos métodos, unas ideas fundamentales que se debían desarrollar y, para ello y ante todo, comprender. Y hubo también, interpretándolos, unos olvidos que exigen ser examinados asimismo, porque tuvieron repercusiones tan nocivas como las de los errores.